

NOTAS SOBRE LA ESTABILIDAD*

“¿Los hombres? No tienen raíces, les estorban mucho” (dijo la flor).

Saint-Exupéry, El Principito XVIII.

“Vana es la ilusión de los sedentarios que creen que podrán habitar en paz en sus moradas, pues toda morada está amenazada”.

Saint Exupéry, Ciudadela XII

Después de haber recordado lo que es la estabilidad según la Regla de san Benito y de haber señalado sus tentaciones y sus peligros, se citarán las comparaciones empleadas por los Padres del desierto para ilustrar esta virtud monástica. Luego, una vez distinguidas la estabilidad material y la estabilidad espiritual, se tratará de extraer el fundamento teológico de la estabilidad.

I. LA ESTABILIDAD EN LA REGLA DE SAN BENITO

La palabra “*stabilitas*” en la *RB* designa la perseverancia del postulante a quien se le ha hecho conocer las “*dura et aspera*” del camino hacia Dios: “*Si promiserit de stabilitate sua perseverantiam*” (cap. 58,19). En el momento de su compromiso definitivo, prometerá públicamente en el oratorio: “*de stabilitate sua et conversatione morum suorum et oboedientiam*” (cap. 58,39). El clérigo que se hace monje está obligado, él también, a la estabilidad (cap. 60,22): más que cualquier otro está tentado de ser infiel a ella. Un monje de otro monasterio puede fijar su estabilidad en otro monasterio de tipo benedictino (cap. 61,13). El capítulo sobre los instrumentos de las buenas obras termina con esta frase: *El taller en que debemos trabajar diligentemente con todos estos instrumentos, es el claustro del monasterio con la estabilidad en la comunidad* (cap. 4,99). Lo que san Benito reprocha a la peor especie de monjes, la de los giróvagos, es precisamente ser “*numquam stabiles*” (cap. 1,30).

Se ha dicho que san Benito instituyó la estabilidad en su siglo de migraciones (las invasiones bárbaras); se ha emitido la hipótesis de que él se habría inspirado en la legislación romana que fijaba a cada hombre en su profesión y en su clase

* De *Collectanea Cisterciencia* 36-1974-4.

Artículo publicado también en *La vie monastique selon S. Benoît*, Beauchesne 1980, pp. 117-128.

social. Más allá de esas consideraciones históricas y políticas, la estabilidad prevista por san Benito es ante todo de orden religioso.

Por el voto de estabilidad san Benito reacciona contra la "girovagancia". *Estabilidad* tiene por lo tanto el sentido preciso de una permanencia en el monasterio de su profesión. Pero la estabilidad debe concebirse como el lazo que une al monje a su abad y a la comunidad de sus hermanos, más bien que como un lazo local en un sitio determinado.

Sin duda, el sedentario se opone al nómada, pero el voto de estabilidad no pone todavía fin al éxodo: el monje que lo practica no ha llegado aún a la tierra prometida.

II. LAS TENTACIONES Y LOS PELIGROS DE LA ESTABILIDAD

Las tentaciones

Estas son de dos tipos opuestos: deseo de un mayor silencio, de una soledad total, o, por el contrario, deseo de un apostolado, de un ministerio, de más amplia apertura al mundo. En los dos casos, es la misma tentación de partir, la atracción por "lo de afuera", el atractivo por lo de allá lejos, que es un sucedáneo del más allá y traduce una búsqueda del absoluto, pero acaba en la inestabilidad. El voto de estabilidad protege contra la tentación de buscar un bien superior en otro lugar o en otro monasterio.

Los peligros

Uno no se hace misionero porque le gustan los viajes por mar o porque se tenga inclinación por el exotismo. Sería peligroso hacerse benedictino porque uno es casero. El inmovilismo, la inercia, la costumbre, pueden camuflarse tras el hermoso vocablo de estabilidad. Casiano, como buen psicólogo, no dejó de subrayarlo en la conferencia del Abad Teodoro (VI), al decir que es precisamente la estabilidad la que constituye un factor de progreso: la última frase del cap. XIV: "Cuando se extingue el deseo de avanzar, está próximo el peligro de retroceder" se encadena con la primera frase del cap. XV: "Pero para ello es necesario estarse siempre en su celda". Ese es el sentido de la palabra de Newman: "Mi estabilidad, la mía, es mi perseverancia en cambiar" (*Méditations et Prières*, Edit. Lecoffre-Gabalda 1905, p. 229). Resumiendo, uno no puede conservar su estabilidad y su equilibrio sino progresando; y puede constatar que la inestabilidad es frecuentemente un indicio de rechazo del progreso.

La estabilidad no es un precepto del Señor, ni tampoco es un consejo evangélico. La estabilidad no es un bien en sí; practicada por sí misma, puede llegar a ser un defecto cuyo egoísmo expresan las imágenes de la torre de marfil y del ratón en su queso. Por lo tanto, la estabilidad no es un bien sino cuando sigue siendo un medio: sólo se la debe practicar en la medida en que favorezca la búsqueda de Dios, pero no se la debe abandonar sin razón grave y sin el consejo de un Padre experimentado.

Hay otras maneras de santificarse: el exilio voluntario para vivir desconocido

e ignorado, porque se es demasiado honrado en el lugar donde se vive. San Antonio se internó cada vez más en el desierto y san Romualdo cambió a menudo de eremitorio para huir de su fama, como Jesús se sustraía a las multitudes (cf. la *Xeniteia* en *Lettre de Ligugé* N° 149, p. 21 - 25). Pero la estabilidad es uno de los sellos distintivos de la orden benedictina, un elemento nuevo con relación a los monacatos precedentes, objeto de un voto. Por eso Dom Guéranger podía decir en su comentario inédito a la Regla: "La estabilidad conforma toda la institución benedictina" (p. 761 del ms. de los archivos de Ligugé).

III. LAS COMPARACIONES DE LOS PADRES DEL DESIERTO

Para ilustrar esta doctrina de la estabilidad, los Padres recurrieron a comparaciones a menudo sabrosas: el agua tranquila, el vino turbio, la gallina que empolla, el árbol que se arraiga, el pez en el agua, el potrillo vagabundo... y otras aún; he aquí ese florilegio.

"Así como no podemos ver nuestro rostro en el agua turbia, tampoco nuestra alma puede contemplar a Dios en la oración si antes no se purifica" (*Apotegmas de los Padres*, Arnauld d'Andilly, tomo II, p. 680).

"El agua de un estanque permanece unida e inmóvil mientras ninguna perturbación del exterior llegue a turbar la estabilidad del lugar, mas si desde cualquier parte llega a caer una piedra allí, toda el agua se enturbia. La agitación de una de sus partes se extiende al conjunto por ondas circulares porque la piedra arrastrada por su peso se hunde en el fondo, mientras que a su alrededor, por el influjo de las olas que se van formando en círculos concéntricos y se ven rechazadas hasta los bordes del agua por el impulso central, toda la superficie del estanque se encrespa, agitada por ondas circulares de acuerdo con lo que sucede en las profundidades. Así también la serenidad, la tranquilidad del alma ha sido totalmente sacudida por la caída de una sola pasión y afectada en su totalidad por el daño infligido en aquella parte" (Gregorio de Nisa. *Traité de la Virginité* XV, 2, traducción Aubineau, SC 119).

"Cuando el agua se estanca, se corrompe" decía Ahmad el girívago - "Entonces, sé, como el mar y no te corromperás", le respondió Bayazid de Bisthami el sedentario (místico persa † 875) (citado por E. Dermenghem, *Vie des Saints musulmans*, Alger, p. 204).¹

1. J.K. Huysman, meditando en las orillas del estanque de la Trapa, verá en él el símbolo de la estabilidad monástica:

"El oblató subió a su celda mientras que Durtal se dirigía hacia el gran estanque. Allí se acostó sobre un lecho de cañas secas, mirando las aguas que venían a romperse ondeando a sus pies. El vaivén de esas aguas limitadas, replegadas sobre sí mismas, no sobrepasando el estanque que ellas mismas se habían cavado, lo llevó a largas reflexiones.

Se decía que un río es el símbolo más exacto de la vida activa; uno lo sigue desde su nacimiento, en todo su recorrido, a través de los territorios que fecunda; cumple una tarea asignada, antes de ir a morir, al sumergirse, en el sepulcro abierto de los mares; pero el estanque, esta agua hospitalizada, apesada por un seto de cañas, a quienes ella misma hizo crecer al fertilizar el suelo de sus bordes, se concentraba, vivía sobre sí misma, no

“Como una agua turbia no puede purificarse si no se la deja de agitar, así tampoco se puede conocer la estabilidad monástica sin la “hesijia” (S. Nilo, *Institutio ad Monachos*, PG 79, 1236 B).

“Mira una tinaja de vino reposando durante mucho tiempo en el mismo lugar sin ser removida ¡qué vino transparente, decantado, perfumado y preparado! Pero si se la transporta de aquí para allá prepara un vino turbio, oscuro y que tiene toda la descomposición de las heces.

Compárate a ti mismo con esa tinaja, y haz una experiencia útil: rompe las relaciones con muchos, por temor a que tu espíritu se distraiga y turbe tu modo de hesijia” (Evagrio, *Las bases de la vida monástica* VIII, PG 40, 1260 C).

“Si vives en un monasterio, no cambies de residencia: eso te sería perjudicial. En efecto si una gallina abandonara los huevos que empolla en vano esperaría los pollitos: así el monje o la virgen dejan enfriar y morir su fe yendo de un lugar a otro” (Sta. Sinclicética 6, PG 65, 422-423).

“Como la gallina que no se queda echada sobre los huevos que incuba torna estériles sus obras, del mismo modo el monje que anda de un lado para otro” (Scholion sobre S. Juan Clímaco, PG 88, 756 A).

“Un árbol no puede fructificar si se lo trasplanta demasiado a menudo; así el monje que se traslada de un lugar a otro no puede dar fruto” (*Apophtegma* 204 editado por F. Nau, *Revue de l'Orient chrétien* 1907-1913).

“Las plantas que son trasplantadas con demasiada frecuencia ya no prenden”. Gregorio el Sinaíta († 1346) *Sobre la vida contemplativa* PG 150,1316 A).

“Son la Iglesia los que permanecen dentro de la Iglesia de Dios, mientras que no son plantación del Padre aquellos que no se los ve permanecer firmes como el trigo (*non frumenti stabilitate solidare*) sino agitarse al soplo del enemigo como paja arrastrada por el viento” (S. Cipriano, *Epist.* LIX, VII).

“Los peces que se demoran en la tierra firme revientan. Así también los monjes que rondan fuera de sus celdas o que pasan el tiempo con gentes del mundo pierden el “tonus” de su “hesijia”. Es pues menester que el pez vuelva rápidamente al mar, y nosotros a nuestra celda. De lo contrario, al vagar por fuera, olvidaremos

parecía cumplir ninguna obra conocida, sino observar el silencio y reflejar el cielo hasta lo infinito.

El agua sedentaria me inquieta, sigue diciendo Durtal. Me parece que, al no poder extenderse, ella se hunde, y que allí donde las aguas corrientes solamente toman el reflejo de las cosas que en ellas se miran, ella, las sepulta sin restituirlas. Sin duda hay en este estanque una absorción continua y profunda de nubes olvidadas, de árboles perdidos, de sensaciones captadas aun en los rostros de los monjes que a ella se asomaron. Esta agua está plena y no de vacíos como las que distraen vogando por los campos, bañando las ciudades. Es un agua contemplativa, en perfecto acuerdo con la vida de los claustros.

El hecho es, concluyó, que un río no tendría aquí ningún sentido; no estaría más que de paso, permanecería indiferente y apresurado, en todo caso sería inapto para pacificar al alma que apacigua el agua monacal de los estanques. ¡Ah! san Bernardo supo, al fundar Na. Sra. de L'Atre, combinar la Regla cisterciense con el paisaje” (Huysman, *Les sites monastiques*. En *Route*, p. 386/87).

custodiar el interior", (Abba Antonio 10, PG 65,77 BC).

"El diablo actúa como un encantador. Con palabras dulzonas, este hace salir a la bestia salvaje de su guarida y apoderándose de ella la lanza en medio de las calles de la ciudad y la abandona a las burlas de los hombres. Luego, cuando la bestia se ha puesto vieja, la quema en el fuego o la tira al agua y la ahoga. Así también el monje: cada vez que cediendo al atractivo de sus pensamientos, abandona su celda, tiene que soportar el ser tratado de la misma manera '(Diálogo de los ancianos sobre sus pensamientos, texto griego: R.A.M. 33, 1957, p. 177; traducción J.Cl. Guy s.j.. *Les Apophtegmes des Pères de Désert*, Bellefontaine , p.409).

"Un principiante que pasa de un monasterio a otro se parece a un animal que salta de un lado a otro por miedo al bozal" (*Abba Isaías*, 3, PG 65,181 A).

"Un hermano interrogó a un anciano: 'Mis pensamientos vagabundean y eso me turba'. Respondió el anciano: 'Quédate en tu celda y tus pensamientos volverán: cuando una asna está atada, su pollino anda de un lado a otro, pero vuelve siempre junto a su madre. Del mismo modo los pensamientos del que permanece pacientemente en su celda por amor de Dios, pueden vagar un poco, pero vuelven siempre junto a él' ". (*Apophtegmata* 198, editado por F.Nau, *Revue de l'Orient chrétien* 1907-1913).

"Por medio del cambio de lugar, el enemigo priva al monje de los frutos de la vida religiosa, a la manera del campesino que trasplanta los árboles a menudo. En efecto, el árbol trasplantado de un terreno a otro, aunque este último sea tan bueno o mejor que el primero, muere fácilmente o se seca por completo si no puede echar raíces, o en el mejor de los casos da frutos agrios o menos buenos que antes.

Si el monje cuyas raíces han penetrado ya profundamente en un terreno se deja persuadir por el enemigo y se deja transportar a un terreno que cree mejor, muere lamentablemente, o bien cediendo a frecuentes cambios es asediado por los problemas del mundo y se vuelve peor que los seculares. En el caso de que todavía conserve en su corazón el deseo de las cosas celestiales, los frutos de perfección que produce no son sin embargo tan dulces y abundantes como antes del cambio.

El vino, por bueno que sea, pierde su dulzor y se vuelve vinagre cuando es trasvasado a menudo de un recipiente a otro aunque estos no tengan fallas". (*Beato Pablo Gustiniani*, en *La Vie érémitique*, por Jean Leclercq, Plon 1955 - p. 70-71; trad. castellana, Ed. Granamérica, Medellín 1975, p. 76).

IV. ESTABILIDAD MATERIAL Y ESTABILIDAD ESPIRITUAL

Ya los pensadores de la antigüedad habían observado que es posible que ambas no coincidan. Así como puede existir soledad espiritual en medio de la multiplicidad de la muchedumbre, y dispersión espiritual en la soledad material, también puede haber estabilidad espiritual en medio de la agitación de las multitudes y agitación espiritual en la estabilidad material.

"Frecuentemente, después de haber abandonado padres, amigos y patria, y habiendo marchado al desierto, para reflexionar en algún objeto digno de meditación, no lo he aprovechado: mi inteligencia dispersada o mordida por la pasión

se volvía hacia los objetos contrarios. Y a veces, en medio de una multitud de miles de hombres, estoy solo con el pensamiento: Dios ha disipado de mi alma la multitud y me ha enseñado que no son las diferencias de lugar las que hacen el bien o el mal, sino que es Dios quien mueve el carro del alma y lo conduce hacia donde El quiere" (Filón, *Comentario alegórico de las leyes santas* II, XXI 85).

"En este momento, mi alma está en mi cuerpo por su sustancia pero en potencia está en Italia o en Sicilia, cuando piensa en dichas regiones, y en el cielo, cuando reflexiona acerca del cielo. Así ocurre a menudo: hay personas que, estando sustancialmente en lugares profanos, se encuentran en los lugares más sagrados, trayendo a su mente lo que se refiere a la virtud, y a la inversa, otras, que se encuentran en santuarios, son profanas por el pensamiento, porque su mente se vuelve hacia el mal y recibe improntas malas" (*Ibidem* I, XVIII, 62).

"Crees que sólo a ti te ha ocurrido, y te extrañas que después de haber realizado tan largo viaje y recorrido tan variados itinerarios no se haya disipado de tu corazón la tristeza que lo oprime. Es que tienes que cambiar de alma, no de clima. Ya puedes atravesar el vasto mar; "ya pueden costas y ciudades —para emplear la expresión de Virgilio— retroceder ante tus ojos", llegues adonde llegues serás seguido por tus vicios. A alguien que expresaba la misma queja replicó Sócrates: '¿Por qué te sorprendes de no sacar ningún provecho de tus largas giras? Dondequiera que vayas cargas contigo mismo. Y pesa sobre ti la misma causa que te impulsa a alejarte'. ¿Qué aliento y consuelo se puede esperar de la novedad de paisajes, del conocimiento de nuevas ciudades o lugares? Menearse así a nada conduce. ¿Te preguntas por qué no hallas ningún alivio en tu fuga? Estás huyendo contigo mismo. Tienes que depositar la carga que pesa sobre tu alma: mientras no hagas eso, ningún lugar te causará placer (...) Todo lo que estás haciendo, lo haces en tu contra; hasta el movimiento te es contrario porque estás cambiando de lugar a un enfermo.

Pero cuando te hayas librado de ese mal, todo desplazamiento te será agradable. Aunque te relegaran a los confines de la tierra, sea cual fuere el rincón del mundo bárbaro donde te hubieren alojado, hallarás siempre que tu residencia, es hospitalaria. Lo importante no es saber a dónde llegas sino con qué espíritu llegas. Y he ahí porqué no debemos esclavizar nuestra alma a ningún lugar. Conduzcamos nuestra vida según esta convicción: 'Mi nacimiento no me ata a un único rincón. El universo entero es mi patria'. Si fuera ésta para ti una verdad manifiesta, no te extrañarías de no encontrar nada que te alivie en esos variados desplazamientos, en esas migraciones a las que te ves obligado ininterrumpidamente por el fastidio que te producen las comarcas que acabas de ver. Todos los países hubieran tenido para ti sucesivamente su encanto si los hubieras mirado a cada uno como tuyo. En realidad no viajas sino vagabundeas impulsado por tu capricho y vas cambiando un lugar por otro, en tanto que el objeto que buscas, el arte de bien vivir, se halla en todas partes". (Séneca, *Cartas a Lucilius* III, 28,1-5).

San Gregorio Magno, apoyándose en la historia sagrada, muestra también que la estabilidad material no basta:

"Sin embargo, muchas veces, cuando nos quejamos de la vida de los prójimos, ponemos empeño en cambiar de lugar, escoger una vida secreta y retirada, ignorando que donde falta el espíritu, el lugar no sirve de ayuda; pues el mismo Lot, de quien hablamos, se mantuvo santo en Sodoma y en el monte pecó (*Gn* 19,2-30 ss). Y que los lugares no preservan las almas, lo atestigua el primer padre del gé-

nero humano, que aun en el mismo paraíso cayó (Gn 3,7). Pero, no hablemos solamente de hechos ocurridos en la tierra. Si el lugar en que uno se encuentra pudiera asegurar la salvación, ¡Satanás no habría caído del cielo! (Homilía sobre Ezequiel IX, 22; PL 76,880 C-D).

Paladio concluye el prólogo de su Historia Lausiaca con esta frase:

“No es el lugar donde se habita lo que importa, sino la manera como se vive allí”.

Un escolio de san Juan Clímaco expresa en otra forma la misma idea:

“No es el lugar el que procura la virtud, sino que es la virtud lo que hace venerable el lugar”. (PG 88,921 D).

El beato Pablo Giustiniani comenta esta frase en un opúsculo inédito:

“Ninguna soledad material puede dar la tranquilidad al espíritu, sin la ayuda de la verdadera soledad, que es interior. No es el tiempo ni el lugar lo que da la perfección. El Señor condenó a los que creen que el sábado santifica al hombre porque el sábado es santo; no es así: es el hombre quien santifica al sábado. De la misma manera el lugar no santifica al hombre: es éste quien santifica el lugar”. (Citado por D. Jean Leclercq, *La vida eremítica*, Plon, 1955, p. 67 — Trad. castellana, Ed. Granamérica, Medellín 1975, p. 72).

Por fin, Alberto Schweitzer cita unas palabras de Gandhi en el mismo sentido, de que no hay que buscar la liberación fuera de sí mismo:

“A un asceta brahmán que aconsejaba a Gandhi que se retirara a una gruta para meditar allí, Gandhi responde: ‘Yo busco el reino de Dios que se llama liberación espiritual. Para alcanzarlo no necesito buscar refugio en una gruta: llevo la gruta en mí mismo’”. (*Les grands penseurs de l'Inde*, Payot, 1936, p. 205).

Una estabilidad material querida o impuesta por sí misma termina en verdaderas caricaturas, como ese monje (Macario de Alejandría) que cargaba un canasto con dos modios de arena para no poder moverse y conservar así la inmovilidad (Paladio, *Historia Lausiaca*, XVIII, 24) o aquel otro monje ermitaño que se había atado el pie con una cadena de hierro para conservar la estabilidad. San Benito le manda decir: “Si eres siervo de Dios, no te retengas por una cadena de hierro, sino por la cadena de Cristo!” (San Gregorio Magno, Diálogos III, XVI).

V. FUNDAMENTO TEOLOGICO DE LA ESTABILIDAD

La estabilidad del monje es del mismo orden que la constancia del mártir. En el latín cristiano la “*stabilitas*” designa una y otra. (S. Cipriano; Julian Pomere, *De vita contemplativa* I,8 in fine). Es la *hypomone*.

Por profesión, el monje debe “permanecer firme”. El cuarto grado de la humildad, en el capítulo VII de la Regla de san Benito podría llevar por título “*de stabilitate*”. Habiendo abandonado las grandezas movedizas y efímeras de la tierra,

el monje está ya establecido “en la estabilidad de la morada eterna” (san Agustín, *Ciudad de Dios*, Prefacio). Según el Sacramentario leonino (edit. Feltoë 122,1) los diáconos son invitados también a perseverar firmes y estables en Cristo, “*in Christo firmi et stabiles perseverent*”. Por otra parte, todos los cristianos han de aspirar a esta inmutabilidad más allá de las renunciaciones del mundo: “...*ut inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda ubi vera sunt gaudia*”? “... para que en medio de las vicisitudes de esta vida, nuestros corazones permanezcan fijos donde se encuentran los verdaderos gozos”. (Oración del lunes de la quinta semana de Pascua).

Justiniano (año 535) es poco favorable a la transferencia —aunque sea regular— de un monje de un monasterio a otro. Según dice él, esto indica un estado de espíritu contrario a lo que debe ser el monje, cuya “alma debe ser estable y fija”.

El Seudo Dionisio insiste en la paradoja del “movimiento inmóvil” en Dios:

“Dios está por encima de toda inmovilidad y de todo movimiento” (en *Dionysiaca* 194, 2 - 3). “Es él quien produce toda inmovilidad y todo movimiento” (*id* 348,3).

“Se pueden cantar con acentos dignos de Dios los movimientos del Ser inmóvil” (*id* 477,1).

“Es inmutable, inmóvil de todas las maneras, sin cesar de ser en Sí, a pesar de su movimiento perpetuo” (486,2 - 3).

Pero si otros hombres pueden, por su actividad, imitar a Dios en su movimiento, es de monjes participar en la divina estabilidad:

“Los monjes no tienen el cargo de instruir a los demás, sino que permanecen solos en una santa estabilidad” (*id*. 1391,3 - 4).

El fundamento último de la estabilidad son las virtudes teologales. El autor de la carta a los Hebreos compara la esperanza a un ancla que fija el navío del alma y lo preserva de las tempestades (*Hb* 6,19). En cuanto disminuyen la fe, la esperanza y la caridad, la inestabilidad se instala. Sacudida en su base, poco segura de su orientación, sin amor, el alma pierde rápidamente su equilibrio y por tanto su estabilidad.

Pero si a través de las pruebas de la vida —y a causa de ellas— el alma descubre que, más allá de los apoyos precarios y de las seguridades frágiles que se había procurado, existe *Alguien* en quien puede confiar, entonces vuelve a encontrar en El su equilibrio y su estabilidad: ha edificado sobre la roca por debajo de la arena de la superficie.

“Para que no sucumba a la tentación que acecha cada osadía, para que jamás olvide que Tú SOLO has de ser buscado a través de todas las cosas, me enviarás, Señor, en los momentos que sólo Tú conoces, la privación, las decepciones, el dolor. El objeto de mi amor declinará o bien yo lo superaré.

La flor que sostenía se marchitó entre mis manos...

Un muro se irguió ante mí en el recodo del camino...

El linde del bosque apareció entre los árboles que creía innumerables...

Llegó la prueba...

Y no me puse definitivamente triste... por el contrario, una alegría insospechada,

gloriosa, irrumpió en mi alma...porque en esa quiebra de los soportes inmediatos en que yo corría peligro de dar ya mi vida, experimenté de manera única que no me apoyaba sino en tu propia consistencia..." (Teilhard de Chardin, *Hyme à l'Univers*, Le Seuil, p. 101-102).

Traducción del francés
por Paula Debussy, osb – Abadía de Sta. Escolástica.

Abbaye St Martin
86240 Ligugé – France

Pierre MIQUEL, osb

